

TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 1 - Número 1 - Julio 2020

CUENTOS:

«Insolación»

Julián Avaria-Eyzaguirre

«Un ginebra a media tarde»

Cecilia Aravena

«Falsa alarma»

Gonzalo Hernández

RESEÑAS:

El caso Capablanca
La verdad secuestrada
Entre lutos y desiertos

CÓMIC:

Exclusivo:

SOZA

de Carlos Reyes
Y Juan Pablo Olivos





EDITORIAL

Cuentos & cuentistas de lo oscuro

La presente revista **Trazas Negras**, que lanzamos con gran alegría a la «Nube», es un espacio abierto para los escritores y escritoras que se expresan en aquellos géneros populares de narrativa que testimonian del lado oscuro de nuestras personalidades y de la sociedad entera. Por ello son bienvenidos los cuentos y relatos breves que se inscriban en los géneros policial/negro, terror, ciencia-ficción y demás afines.

También daremos espacio a estudios y artículos que analicen a autores y corrientes dentro de estos géneros, para orientar a nuestros lectores y lectoras sobre clásicos imperdibles; así como de lo que se está produciendo en el país y en el planeta, lugar amenazado hoy por un flagelo que creíamos solo posible en la literatura.

Como la narrativa oscura se hermana fructuosamente con la plástica, acogemos también al cómic, un formato ideal que posee una historia milenaria en aunar la expresión escrita y pictórica. En particular con su nunca desmentida vocación de rebeldía.

Pensamos que una revista como **Trazas Negras** visible en vuestras pantallas es una plataforma ideal para la narración breve. Esperamos salir mes a mes y para ello contamos con el interés de los escritores y escritoras que deseen llegar al público lector. No dejamos de visualizar la posibilidad de que pasemos al papel cuando las condiciones lo permitan. También esperamos ir aumentando el espacio disponible.

Este primer número de **Trazas Negras**, que hemos sacado sin trámites ni elucubraciones mayores (nuestros géneros abominan de los lateros), sin amilanarnos por la emergencia, ofrece cuentos de tres autores nacionales: Cecilia Aravena, Julián Avaria-Eyzaguirre y Gonzalo Hernández más un cómic de Carlos Reyes y Juan Pablo Olivos. Estamos preparando las secuelas y en nuestros próximos números vendrán cuentos, artículos y cómics de más autores y autoras, consagrados y emergentes, para realce de nuestras letras y jolgorio de lectores y lectoras (frase para el bronce).

Bartolomé Leal
Director

03 / CUENTO
INSOLACIÓN

Julián Avaria-Eyzaguirre

05 / RESEÑA

EL CASO CAPABLANCA

Por Anibal Ricci

06 / CUENTO

UN GINEBRA A MEDIA TARDE

Cecilia Aravena

09 / CÓMIC

SOZA

Carlos Reyes y Juan Pablo Olivos

15 / RESEÑA

LA VERDAD SEQUESTRADA

Por Espora Ediciones

16 / CUENTO

FALSA ALARMA

Gonzalo Hernández

18 / RESEÑA

ENTRE LUTOS Y DESIERTOS

Por Tajamar Editores

19 / CLÁSICO

LA HIJA DEL GUARDAGUJAS

Vicente Huidobro

Estoy construyendo mi casa. El día es caluroso y los rayos del sol quemán mi nuca. La piel suda a borbotones. La ingle y zona lumbar están más húmedas que el resto del cuerpo. Los latidos no están en mi pecho, están en medio de mi cráneo. Éste retumba a cada respiración. Cada inhalación es un esfuerzo, y exhalar (nunca expirar) es un agrado. Al agacharme para trabajar con la pala, me sobreviene un agradable mareo, que dura pocas fracciones de segundo. La insolación llama a la puerta. Me protejo a la sombra de un viejo quillay y descanso.

Observo el cielo. Sin manchas. Ningún nimbus, ni cirrus ni cumulus nimbus. Sólo el celeste. Limpio, parejo. Interrumpe esta pulcritud el planeo de unos jotes, amigos de la muerte.

Estoy caminando descalzo por un pasillo de piedras. Siento las plantas de los pies heladas. El escalofrío sube por el empeine y recorre a través del nervio ciático mi pantorrilla, hasta la zona del sacro. Está oscuro. Una fresca brisa acaricia maliciosamente mi mejilla. No estoy solo. Dos hombres sujetan mis brazos. El hombre de mi derecha presiona mi brazo con fuerza, enterrando sus uñas. El aire huele a moho. Escucho gritos y alaridos apagados. Golpes, gruñidos.

Ahora el piso está húmedo, tibio y resbaloso. Al cabo de una decena de pasos, me recuestan en una camilla de piedra. Una vela alumbra el espacio. Es una sala pequeña. Hay musgo en las paredes. No tiene ventanas. Mis pies están mojados, es sangre. El suelo está untado en sangre. En una esquina yace un canasto de mimbre con tomates maduros. En el rincón opuesto, un mesón cubierto por un tul con manchas carmesí.

Ambos hombres continúan en silencio. Sus rostros están cubiertos por una capucha de cuero negro. Huelen a sebo fermentado. Amarran bruscamente mis manos y

pies con sisal, quemando mi piel por el roce. Me llenan el buche con trapos.

No puedo estar allí. Hace un rato estaba descansando a la sombra de un quillay. Ahora estoy atado de pies y manos, con un bolo de género en mi boca que rasmilla el esófago y me impide hablar, me impide gritar. Tengo frío y estoy acompañado de dos verdugos. No puede ser cierto. Lo comprendo. Estoy soñando. Bajo el quillay concilié el sueño. Eso es. Es sólo un sueño. Que prosiga.

Los verdugos, sin hablar entre sí, quitan el tul ensangrentado que cubre el mesón. Relucen a la luz de la vela los filos de distintas navajas, punzones, arpones y garfios. Las herramientas están sucias, al igual que las manos de los torturadores.

El primero se acerca con un punzón. Lo desliza sobre mi pecho y desciende rozando con su punta mis costillas diestras. Se detiene en mi ombligo y dibuja círculos a su alrededor. Poco a poco va punceteando más fuerte hasta que el ápice se entierra en mi piel, al costado izquierdo del ombligo. Es un dolor agudo que se prolonga mientras continúa enterrando su arma.

Estoy tranquilo. Nada importa. Estoy soñando. En los sueños no puedo morir.

El punzón queda dentro a una distancia prudente para no matarme. El verdugo sabe hacerlo. No debo morir.

El otro toma una navaja. Sin rodeos tajea mi cuerpo con pequeños cortes de unos pocos centímetros. Son cortes superficiales, pero la sangre comienza a chorrear. Devuelve la navaja al mesón. Busca otro punzón, más corto que el primero. Lo introduce con extremo cuidado en el núcleo de mi ombligo. Es una sensación desagradable. Es dolor y da cosquillas. La punción en el ombligo provoca una tirantez en mi perineo, recogiendo el escroto.

Mientras me extirpa ambos punzones con lentitud, levantando el cuero, vuelve el primer verdugo con

tomates partidos en mitades. Los frota sobre cada una de mis heridas, untando su cáustico jugo bermellón. Aquello quema, pica, arde bestialmente.

Enseguida un arpón. Éste entra a la boca de mi estómago con facilidad, no obstante, se retira desgarrando músculos, grasas y piel. La herida respira. El corte es feo, desordenado.

Esto último ya no me parece interesante. Quiero despertarme. Pero la pesadilla continúa. Esto no puede ser. Yo no soy el indio de Cortázar que sueña volar sobre un insecto. Tampoco soy la mariposa que soñaba ser un rey, o viceversa.

Repiten la operación del arpón varias veces en distintas partes de mi zona estomacal. Mi abdomen es una masa deforme, sanguinolenta y con trozos de carne blancuzca.

Remata la operación una navaja que se extiende de lado a lado, rajando el abdomen. Las vísceras saltan a presión. No puedo distinguir los órganos. Concluye la tortura un garfio con la punta de anzuelo el cual penetran en la cárcava estomacal, retirando bruscamente el resto de mis entrañas, salpicando las paredes con fluidos.

Voy a morir. Por tanto, la pesadilla se acaba y despierto.

Tamaña es mi sorpresa al percatarme que la pesadilla continúa. Ya no estoy encerrado en aquella sala de piedras con olor a moho y sangre. Estoy en el campo, bajo el quillay, en un día soleado y mis verdugos son una manada de jotes que se dieron el festín con mis vísceras, mientras yacía postrado víctima de una cataléptica insolación.

Inhalo una última vez, para expirar por primera vez... **TN**

Julián Avaria-Eyzaguirre

Nacido en Berlín, reside en Las Calles, un poblado en Córdoba, Argentina y lo ha hecho también en Brasil. Lo suyo aporta un franco aire nuevo, ora puro ora purgante, en el retorcido laberinto de la novela negra latinoamericana. Esto se debe a sus múltiples intereses en el campo de la creación.

Es catalogado como artista polifacético, compartiendo su vocación literaria con actividades tan bizarras como el activismo ecológico, el yoga y la sanación. Cuentista por escrito y oral, ha publicado volúmenes de relatos, novelas, ensayos literarios, compilaciones y una serie con un detective realmente diferente a casi todos los que conocemos «El Dedo en la Llagas».

El año 2009 publicó el libro de cuentos *Letrina* (Editorial Mosquito) y bajo este mismo sello, las novelas *Muyuna* (2012) y *El caso Capablanca* (2017).

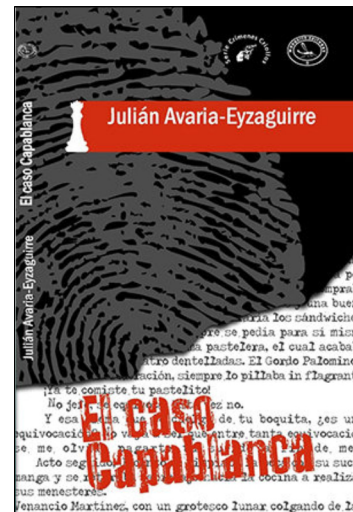
Pronto saldrá su novela *El caso Shima* en la colección de novela negra «La Otra Oscuridad» (Espora Ediciones). Tiene en preparación *El caso Jungla* con su detective sin nombre pero con apodo.



«El policía juega con las piezas blancas, el asesino con las negras»

El caso Capablanca

Por Aníbal Ricci



Novela de Julián Avaria-Eyzaguirre con numerosas muertes, detectives tras las pistas y víctimas que en su mayoría provienen de los bajos fondos. Ingredientes esenciales de un relato policial que irá desplegando el pensamiento deductivo de un aspirante a detective, sin nombre, cuya identidad posiblemente será revelada en la próxima entrega del autor. El lenguaje fluido, con diálogos precisos y eficaces, da cuenta del Santiago en los márgenes del capitalismo. La novela utiliza la jerga del ajedrez para describir a los jugadores: el narrador encarnará al policía jugando con las piezas blancas y el asesino moverá las negras.

La estructura de la narración se construye a partir de las reglas del ajedrez y el lector será testigo de las tácticas seguidas por la policía y por su contrincante homicida.

Según palabras escritas con sangre al interior del baño de la federación de ajedrez, los homicidios responden a la venganza de Alekhine, campeón mundial famoso por su juego agresivo y que murió atragantado por un pedazo de carne.

El aspirante a detective bautizó el caso como Capablanca en alusión al rival al que Alekhine le arrebató el título y al que jamás le ofreció revancha.

En la segunda parte, el narrador cede lugar a la voz del victimario, aquel que pretende una limpieza de clases al interior de la federación de ajedrez, es un tipo astuto, se hace pasar por Alekhine para ocultar su profundo desprecio por los borrachos. Su estrategia (opuesta a la del ruso converso) es más bien cautelosa y, aun cuando quiere ser reconocido como campeón, va plantando pistas falsas que pretenden confundir a los detectives.

El homicida daña mentalmente y físicamente a la chusma, se erige como un adalid de la moral, un torturador que representa la peor faceta de la dictadura de Pinochet. Viste con corrección al igual que Capablanca, pero no comulga con los intereses del pueblo, he ahí su perfecto camuflaje. **TN**



www.delibros.cl

LIBROS EN PDF PARA DESCARGAR

¡Llévatelos desde \$ 1.000.- por el precio que tú quieras!













Un ginebra a media tarde

Cecilia Aravena

Todos los viernes a media tarde tomo una ginebra con jugo de limón junto a mi esposa. Esto comenzó hace un par de años, una noche sonó mi celular cerca de la una de la madrugada y en la pantalla apareció su rostro bronceado. Me aterró. Completó una semana llamando a la misma hora, después no lograba conciliar el sueño y a cada rato tenía que levantarme a tomar agua para contener el hipo. Me da hipo cuando tengo miedo.

Al cabo de esa semana, el jueves en la noche, me atreví a contestar y accedí a verla. Nos reuniríamos al otro día a las seis de la tarde, en el bar De Películas en el centro de Santiago. Me gusta ese lugar, en las tardes, cuando comienza a oscurecer sobre el pasaje Matías Cousiño y entra una luz tenue por los ventanales con rosetones de madera y las copas colgadas en la parte superior de la barra adquieren un tono anaranjado. Los antiguos pósters de cine en blanco y negro y los vinilos de los setenta que decoran las paredes, vuelven el lugar íntimo y nostálgico. Sobre el mesón siempre hay platos con rodajas de limón y aceitunas. A Fabiola también le encantaba.

Tenía la esperanza de haberme equivocado, que no era la imagen de Fabiola la que apareció en mi celular o su voz la que me insistía que habláramos, sin embargo apenas entré a la taberna descubrí esa inolvidable espalda bajo la imagen de Kirk Douglas, en un afiche de *Los valientes andan solos*. La melodía de *Cinema Paradiso* comenzó a sonar. Ella llevaba puesto su vestido favorito, el verde esmeralda descubierto en los hombros, que revelaba el tatuaje de una libélula azul. La cabellera negra tomada — como acostumbraba — en una gruesa trenza que caía por su busto.

Se dio vuelta al escuchar mi «Hola Fabiola» quebrantado. Sonrió, creo que se dio cuenta que temblaba. Me saludó como siempre, humedeciéndose los

labios y mostrando sus dientes níveos y perfectos, cerró los ojos al besarme.

—Hola Gregorio, ¿cómo te ha tratado la vida sin mí?

Me senté frente a ella sintiendo los labios zurcidos, imposible decir algo.

—Vamos querido, ordena algo antes que te venga el hipo. Necesito que hablemos.

Miré al mozo y le pedí que me trajera lo mismo que tomaba Fabiola. Una ginebra con mucho limón y algo de hielo.

—Te escucho —mascullé, dejándome caer en el taburete redondo de cuero negro, con la voz muy ronca.

Tenía el cuerpo tieso, me costó sentarme. Hasta los huesos de las rodillas sonaron.

—Gregorio, no seas dramático y trata de cambiar esa cara, de lo contrario te dará un ataque al corazón, ¡Qué viejo te ves!, enjuto y canoso.

—¡Qué amable de tu parte! ¿Qué quieres de mí? Mi voz salió como si me estuvieran apretando el pescuezo.

—Quiero dejar de deambular, no me mires con cara de lástima, no te atrevas.

—Y, ¿por qué me llamas a mí? ¿Qué puedo hacer yo?

—Oye, baja la voz y deja de mover tanto las manos, el calvo que está atrás le está haciendo gestos al mozo y yo no puedo ir a otra parte. Escúchame en silencio y nadie te tomará por chiflado.

—¿Qué quieres decir? ¿Sólo yo te veo? Pero, y ¿ese trago que estás tomando?

—¡Qué lástima que no pude arrimarme a mejor árbol!, siempre fue poca la sombra que me diste. Como sigues estúpidamente enamorado, sólo tú me ves y por tanto eres el único que puede ayudarme. Claro, siempre y cuando no seas un cobarde. Otros demoraron sólo una hora en establecer contacto con alguien que los ayude, y no una semana como yo.

—¿Entonces hay más... como tú?

—Hay más, eso sí que, los que no son recordados, no pueden contactarse con nadie. Esos sí que están bien muertos.

Al terminar la frase comenzó a reír con estruendo, como solía hacerlo en vida. Miré hacia mis costados y ni la pareja que discutía a un lado ni los jóvenes del otro se inmutaron con sus carcajadas ¿Cómo era posible que no la escucharan?

—Te agradezco que no me hayas olvidado, la última vez que hablamos fui una zorra contigo, estaba algo drogada ¿sabes? Eso fue hace apenas unos meses y sin embargo me parece un siglo.

—Al menos lo reconoces...

—No me vengas con recriminaciones ahora. Si encuentras a mi asesino, no te molesto más.

—¿Estás hablando en serio? Y ¿cómo?

—Yo no sé.... ¿Harás esto por mí? —lo preguntó poniendo los ojos redondos y pestañeando como si fuera una muñeca.

Me dominaba aún estando muerta. Amé todo en ella, cómo sonreía cuando quería conseguir algo, la forma en que envolvía un mechón de pelo en su índice al hablar, su piel canela, todo. Tal vez porque yo era veinte años más viejo, no lo sé. La conocí en Valdivia, pero nunca le gustó mi ciudad ni mi trabajo de auditor. Llegué a Santiago detrás de ella a emplearme como ejecutivo de créditos en un banco. ¡Qué asco! Hice todo lo que me pidió. Incluso vendí mi casa, para pagar a sus acreedores.

Comencé a sentirme mareado, el aroma del perfume ácido que tenía en vida me envolvía, y sus manos suaves, de tanto en tanto rozaban las mías. La sensación de su piel, tan tersa, me pareció una locura ¿Estaba hablando con un cadáver! Me despertó de mi sopor el timbre del teléfono. Apareció en la pantalla la cara de mi supervisor.

—No contestes —me ordenó Fabiola—. Necesito que te concentres.

Su voz era diferente, ¿más metálica? Si estaba allí porque la recordaba, ¿era posible hacerla desaparecer forzándome a olvidarla? ¿Cómo relegar de mi mente los años más intensos de mi vida?

—Está bien, te escucho —le contesté como un niño regañado por su madre.

—Gregorio, por favor usa tu cabezota. ¿Quién querría asesinarme?

—Mucha gente, creo....

—Ese es el problema, pero estoy convencida que me envenenó Francisca, la mujer de Alfredo...

—Y ¿por qué ella?

—Ninguna mujer perdona que le quiten a su hombre, menos si quien te lo quita es cercana a ti... Recuerda que fuimos íntimas... La muy tonta nunca sospechó de nosotros. Ni siquiera cuando viajamos juntos a Lima. Habla con ella, sácale mentira de verdad. Necesito saber. Si al menos Alfredo se acordara de mí, a través de él podría saber...

—No entiendo tu necesidad de saber ¿Qué ganas?

—¿Qué gano? Eres más estúpido de lo que creí... Los últimos instantes en que estuve viva, cuando descubrí que moriría envenenada, me llené de rencor, me desesperé tanto que no pude transitar hacia ninguna parte. El miedo que me produjeron las convulsiones, sentir que los latidos de mi corazón se hacían cada vez más rápidos, la quemazón interna y la sensación de ahogo, me lo impidieron, en sencillo... No apareció la luz al fondo del famoso túnel, ¿entiendes? Quedé en la nada... Debo comprender por qué sucedió... Así me podré ir no sé a dónde... Cualquier cosa es mejor que estar atrapada muda e invisible en este lugar.

En la voz de Fabiola no había súplica, ni humildad, pero por primera vez me pareció que intentaba ser honesta. Su arrogancia habitual había desaparecido... Incluso sus ojos verdes se habían despojado de aquel brillo amarillo traicionero. Tal vez quería paz, ¿sabría lo que era? Alfredo no fue el primero de sus amantes, tampoco el último. Francisca tampoco fue la primera incauta que le había brindado un afecto sincero, dándole su confianza y apoyo. Mi propia esposa había sido víctima de Fabiola. Ella no tenía límites. No dudó un instante en engañarme con Alfredo, no le importó que él fuera mi hermano menor, ni que yo me hubiera arruinado por ella, o que le hubiese rogado de rodillas que no me dejara.

—Hablaré con mi cuñada. Creo que después del divorcio se fue a vivir a Isla de Maipo —dije con seguridad.

—¿De veras? Gracias Gregorio, sabía que tu afecto permanecía intacto, a pesar de todo.

¿Lloraba? ¿Eran lágrimas las perlas plateadas que resbalaban por sus mejillas de piel de durazno? ¿Sus manos volvían a estar entrelazadas con las mías?

—Lo intentaré —respondí— concentrando la vista en sus dedos finos y sus uñas escarlata. Tragué saliva.

Fabiola apretó más mis manos y la música de Ennio Morricone me pareció perfecta.

—Ayúdame Gregorio, me quedé anclada en este bar. Creo que es porque siempre veníamos...

—Me suena tan absurdo todo esto y que me hayas llamado por teléfono...

—En realidad no te llamé...

—¿Cómo? Si estuviste una semana sin dejarme dormir...

—Lo que hice fue tratar de comunicarme, lo del teléfono lo inventó tu mente. Bueno nada de eso importa. Yo estaré esperando. Sólo necesito saber quién fue... Y por qué... Nada más... Y esto no es absurdo... Es fatal... Nunca pensé que podía ser tan aterrador «no ser».

Me despedí de Fabiola con la promesa de volver con la verdad lo antes posible. Al darme vuelta vi que continuaba despidiéndose, con su mano en alto y su hermosa sonrisa. Su cabellera se había desatado y la brisa de una primavera tardía, jugaba con su cabello. Antes de subir a mi camioneta, volví a echar un vistazo. La barra era ocupada por un grupo de jóvenes. Entre ellos Fabiola se veía frágil y desconsolada, sobrante, algo ridícula. Ella siempre fue el foco de atención, provocaba a sus interlocutores con su aspecto salvaje, sus ironías y su tono grave de voz. Nos hechizaba a todos.

Recuerdo que aquella noche, cuando se desplomó y salí de mi escondite, comprobé que la temperatura de su cuerpo descendía, que sus labios tomaban un color azulado, entonces comencé a temblar y creí que había sido un error envenenarla.

Ahora todo es distinto, es viernes, y a media tarde me tomaré una ginebra con jugo de limón con ella. Nunca le diré la verdad. **TN**

Cecilia Aravena Zúñiga

Es Asistente Social del IPS (ex Universidad de Chile) y Máster en Ciencias Sociales de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Su primer trabajo fue en la Vicaría de la Solidaridad. Fue profesora en la Universidad Católica de Curicó, en el Instituto del Valle Central y en la Universidad Autónoma del Sur en Talca. Desde 1993 trabaja en el Ministerio de Desarrollo Social. Tiene poemas, cuentos, historias publicados en distintas editoriales. Espora Ediciones publicó su libro *Fragments de Chile* (2018).



Mary Shelley
El Mortal Inmortal
Traducción de Katherine Escobar V.



Disponible en: www.elclub.cl

COMPRAR

SOZA

Guion: Carlos Reyes
Dibujos: Juan Pablo Olivos













SEGURO QUE VALIÓ
LA PENA AMIGO.



LASTIMA
QUE ELLA
NUNCA LO
SUPO.

TN

«Las heridas que siguen abiertas»

La verdad secuestrada

Por Espora Ediciones



En esta novela escrita en conjunto por Cecilia Aravena y Eduardo Contreras debuta el que debe ser el primer detective gay de la narrativa policial chilena: Patricio Valdivia, un ex funcionario de la Policía de Investigaciones desvinculado después de veinte años de servicios por supuesta «salud incompatible con el cargo». La evidencia indica que lo expulsaron por su condición de homosexual y por llevar a los tribunales a una alta jefatura institucional involucrada en atropellos a los derechos humanos.

Valdivia es un tipo de buen comer que vive con su tortuga Valentina en un departamento frente al Parque Forestal. Tiene una pareja un tanto esquiva llamada Luis, y parece no tener mayores problemas financieros, porque a lo largo de la novela no deja de recurrir a su billetera para pagar carreras en taxi, hospedaje en hoteles, honorarios generosos y viandas en restaurantes de lujo. En sus pesquisas utiliza dos cuadernos para sus anotaciones. Uno de tapas verdes para anotaciones «tibias» o de poco interés; y otro de tapas rojas para aquellas anotaciones «calientes», que pueden ser de mayor utilidad en la investigación.

La verdad secuestrada —y en lo que constituye un sello de muchas novelas policíacas publicadas en Chile—, explora la memoria política del país y pone en evidencia las heridas que siguen abiertas entre las víctimas de los atropellos cometidos en dictadura. El secuestro que detona la acción de esta novela también tiene un trasfondo novedoso, en cuanto no es provocado por un deseo de dinero o venganza, sino que por la necesidad de los secuestradores de encontrarse con una verdad oculta durante años. TN



www.elclub.cl

IR AL WEB



Lo observé mientras caminaba, atento a sus pasos. Tenía un andar despreocupado, parsimonioso e irresponsable. Le importaba un carajo que su auto llevase horas aullando. Más de un día, para ser exacto. Vestía un pantalón de cotelé azul y una chaqueta café. Abajo, una camisa a cuadros. Un tipo relativamente joven. Se detuvo un instante y hurgó en su bolsillo. Salí de mi escondite, lo encañoné.

—¡Haz que se calle! —ordené.

Me observó impresionado. Sus manos temblaron. Se le cayó el llavero.

—¡Haz que se calle! ¡Rápido!

—Amigo, porfa...

—¡Cállate tú también!

Le pegué con la pistola en la cabeza. Cayó de espaldas dando un quejido.

Recogí el llavero, me preocupé yo mismo de acabar con el demencial ruido.

—Ahora vas a abrir las puertas y te subirás —le arrojé de vuelta las llaves—. Sin nuevas torpezas.

Se puso en cuclillas jadeando. Quizás rezaba. Por lo menos no intentó ofrecerme dinero, ni sacó su billetera, ni realizó ninguna otra estupidez que a uno, en una situación así, lo ofendería.

Sonaron dos *bips*, luego el chasquido indicó la apertura centralizada de puertas.

En el asiento trasero había una serie de chucherías desperdigadas al lote. Documentos, un cable *usb*, una cámara digital, una chaqueta. Boté todo a la calle para sentarme tranquilo. Las luces del panel se encendieron, el interior se llenó de destellos verdes. El reloj del salpicadero indicó las cuatro y treinta de la madrugada.

—Puedo oler tu miedo, hijo de puta. ¿Estás asustado?

—Amigo, por favor, no me haga daño. ¡Le doy lo que quiera!

—¡Maneja, mierda! Sigue derecho por esta calle. No pases de los treinta por hora, o disparo.

Se mostró dócil. Estaba despavorido. Yo nunca había disparado un arma, pero él no sabía eso.

La marcha del vehículo era agradable y silenciosa.

—¿Te das cuenta de la hora que es? —pregunté.

—Perdón, no quise...

—Es lunes, plena madrugada. Tu auto lleva sonando desde la noche del sábado. ¿Tienes una explicación racional que lo justifique?

—Yo... no entiendo, lo dejé en silencio. Escuche, amigo...

—No soy tu amigo, conchatumadre. Tuve que aguantar tu ruido toda la noche del sábado y la madrugada del domingo. Ayer, durante el día, tu bosta siguió sonando. Pensé que en algún minuto se detendría. Pensé: «Paciencia, en algún momento llegará el dueño y hará que esta tortura se detenga». Pero no. Recién ahora, hace cinco minutos, apareciste. Dobla por esta calle a la derecha.

Siempre había querido vivir en provincias; ahora que lo había logrado, debía aguantar estas mierdas.

—Soy profesor, ¿sabes? Tengo responsabilidades y no puedo cumplirlas si un ruido del infierno me importuna todo el tiempo. Necesito silencio para concentrarme. ¿Lo entiendes?

—Sí señor, le pido disculpas. Créame que estoy arrepentido de...

—Eso es mentira. Estás asustado, que es distinto. Sabes que quiero matarte. Eres como los ateos que recuerdan a Dios cuando van a morir. Hipócritas. De hecho, es probable que te dispare en la cabeza.

—¡Se lo pido por favor, se lo suplico! ¡Estoy verdaderamente arrepentido...!

—¡Deja de decir eso! Debo corregir muchas pruebas para mañana. Tengo responsabilidades, algo que aprendí más joven que tú. ¿Te has hecho alguna vez responsable de tus actos? No me respondas, baja por esta calle.

Era el momento peligroso. Se le podía ocurrir soltar el único que sobrevivió del tsunami, por hallarse en ese sector río arriba; había quedado muy endeble.

Vivir en un pueblo costero. Siempre pensé que cuando lo lograra, podría dedicarme a la escritura.

—¿Por qué dejaste esta mierda de auto justo frente a mi casa?

—No... no podía saber que era su casa...

—No podías saber que era de nadie. Ni mía, ni de un moribundo, o simplemente de alguien que aprecia el

silencio, y eso porque te pasas por el culo la paz ajena. ¿Cuántos años tienes?

—Ve... veintisiete.

—¿Y que andabas haciendo? ¿Te estabas mandando a una mina?

—¡No! —resopló— No, yo...

—¿O te estaban dando a ti? No me importa, no quiero saberlo. Para acá, estacionate al lado del embarcadero. Deja el motor andando y dime ¿en qué trabajas? ¿O eres vago?

—No, no, soy ingeniero forestal, tengo un trabajo estable. ¡También voy a ser padre de familia y...!

—¡No te he preguntado por tu puta familia! Forestal, ¿eh? Ya me imagino. Seguro tienes la misma inconciencia hacia el medio ambiente.

—Señor, ¡por favor! —estaba a punto de llorar—. ¡Usted está siendo injusto conmigo! Yo no soy como usted dice.

—¿Ah, no?

—¡No, se lo juro! Escuche: Yo no podía saber que a usted le molestaba la alarma. No... no recuerdo haberla dejada puesta, se lo prometo. ¡Estaba lejos! Si lo hubiese sabido, hubiera ido a ver qué pasaba, la habría apagado...

—Mentira. Llegaste tan tranquilo caminando. La apagaste sólo cuando estuviste al lado. ¡A dos metros! Ahora bájate y pórtate como un hombre.

Dejé la pistola en el asiento sin que lo notara. Una vez fuera, embestí contra él. Se cayó de rodillas, se cubrió la cara con las manos, pero mis patadas fueron dirigidas a sus costillas. Rodó hasta quedar tendido al lado de la verja de madera. Hizo un intento de reaccionar, quizás entendió que ya no iba armado, pero no le di el respiro necesario. Un puntapié en su mandíbula a empeine lleno acabó de momento con cualquier resistencia posible.

Volví al auto, recogí la pistola. Todo había sido bastante silencioso. La gente dormía en sus casas. Saqué

el freno de mano y lo dirigí hasta el borde de la plataforma. La madera empezó a crujir.

El tipo emitió un gemido, intentó incorporarse. Fui a su lado con el cañón en alto.

—Estoy cerca de jubilar, pendejo. ¿Sabes lo que le pasa a un profesional como yo entonces? Una AFP te estafa. El país te deja botado. No vuelves a encontrar pega, aunque eso da lo mismo: los odio a todos. Es inútil seguir haciendo docencia. Pero si ahora te mato, al menos garantizo una pensión básica para mis próximos veinte años, y alojamiento gratis.

—¡Señor, por favor se lo pido!

—¡Sería lo menos que merecería por más de treinta años de trabajo!

El auto, que a todo esto era un Golf de cinco puertas, se inclinó veinte o veinticinco grados. Luego el embarcadero crujió y se vino abajo. Daba a una parte poca profunda y seca del Maule, por lo que se estrelló más que nada contra piedras y desechos. Las ratas huyeron entre las sombras.

La alarma comenzó a sonar. El tipo ya lloraba sin remedio.

—Toma nota, hijo de puta. Cuando tu alarma realmente se necesita, nadie la toma en cuenta.

Lo dejé ahí. ¿Para qué llevar las cosas a un extremo?

Caminé por la costanera. Todavía me quedaban un montón de pruebas por corregir. Iba a ser un amanecer hermoso, con todos esos destellos épicos, plateados y oros, que ofrece el cielo en esta región. TN

Gonzalo Hernández Suárez

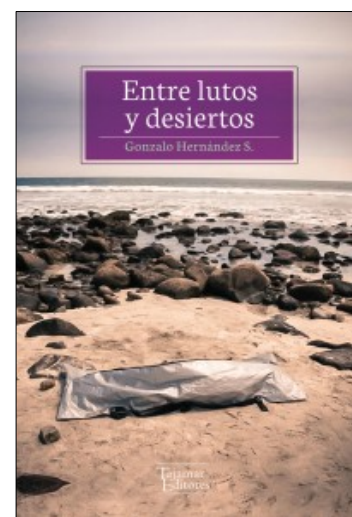
Es licenciado en filosofía y profesor universitario. Ha sido cajero, júnior, periodista, jornalero en una pesquera, entre otras actividades. Ha impartido talleres literarios en la ex Penitenciaría de Santiago, en la cárcel de Colina y en diversos centros del Servicio Nacional de Menores. Bajo el sello editorial Tajamar Editores, ha publicado las novelas *Colonia de perros* (2010), *El mal de Hugo* (2012), y *Entre lutos y desiertos* (2016). Esta última transcurre en Copiapó, en el desierto de Atacama. Dos relatos suyos figuran en las Antologías *10 cuentos negros de autores chilenos* (Editorial Nuevo Milenio, Cochabamba, Bolivia) y *Santiago canalla* (Ediciones Espora, 2019).



«Redención desde la marginalidad»

Entre lutos y desiertos

Por Tajamar Editores



En esta novela de Gonzalo Hernández, el detective Gustavo Huerta ha vuelto a sus andanzas de pequeño delincuente, conductas que en *Colonia de perros* —la novela en la cual lo conocieron los lectores— pretendió abandonar. Convertido en microtraficante de marihuana y viviendo en una población de Copiapó, esta vez debe indagar en una desaparición de la que se siente responsable.

Francisca, su novia, no está en casa cuando él regresa de un viaje a Ovalle para abastecerse de drogas, al cabo de un par de días decide asumir la investigación y, mientras esta se desarrolla, teme que pueda haberle ocurrido lo peor. En el trayecto y entre borracheras, bruma de marihuana y los equívocos habituales de su actuar, debe enfrentarse a una trama de corrupción política y económica, de sadismo perpetrados por sujetos limítrofes y sus banalidades del mal, para buscar en el giro final la redención desde la más extremas de las marginalidades, pese a que esta vez deberá pagar por sus estropicios y heterodoxos métodos. Nuevamente, con los recursos que le permite el género y con su acostumbrada agilidad narrativa, Gonzalo Hernández aborda una lectura crítica de la sociedad y la política, sometidas al poder del dinero. Y de paso deja, una vez más, espacio para la risa con las peripecias de su entrañable personaje.

El crítico Ernesto Salgado ha expresado: «El detective Gustavo Huerta, investigador privado, es bastante inusual si se compara con Sam Spade o Phillip Marlowe. Es chileno, primero que todo, tiene pésima caña, es bravo pa'los completos, sus problemas de plata carecen de *glamour* en blanco y negro, y protesta contra el intrincado sistema bancario de la misma manera que tanto chileno que anda suelto por ahí: agarrando a puteadas al cajero». TN



POZO DE ARENA

PRONTO
EN
LIBRERÍAS

IR AL WEB



La Familia M
Un hogar para Lía
Cautiva

EDICIONES POZO DE ARENA

La hija del guardaagujas

Vicente Huidobro

La casita del guardaagujas está junto a la línea férrea, al pie de una montaña tan empinada que sólo algunos árboles especiales pueden escalonar a gatas, aferrándose con sus raíces afiladas, agarrándose a los terrones hasta llegar a la cumbre.

La casita de madera desvencijada a causa del estremecimiento constante y los fragores. La casita pequeña en un terraplén de veinte metros junto a tres líneas.

Allí vive el guardaagujas con su mujer, contemplando pasar los trenes cargados de fantasmas que van de ciudad a ciudad. Cientos de trenes, trenes del norte al sur y trenes del sur al norte. Todos los días, todas las semanas, todo el año. Miles de trenes con millones de fantasmas, haciendo crujir los huesos de la montaña.

La mujer, como buena mujer, le ayuda a enhebrar los trenes por el justo camino.

La responsabilidad de tantas vidas satisfechas les ha puesto un gesto trágico en el rostro. Apenas si pueden sonreír cuando se quedan como suspendidos mirando a su pequeña, una criatura de tres años, graciosa, delicada, con gestos de flor y de paloma.

Pasan los trenes con el fragor de hierros y largos metales arrastrados de toda una ciudad que soltara sus amarras, de tantos fantasmas desencadenados y ebrios de libertad.

La hija del guardaagujas juega entre los trenes de su montaña con una confianza aterradora. Ignora que los niños ricos de la ciudad se entretienen con unos trenes pequeñitos como ratones sobre rieles de lata. Ella posee los trenes más grandes del mundo... y ya empieza a mirarlos con desprecio.

Es un encanto de niña. Viva, despreocupada, suelta como si no quisiera apegarse a nadie. Se diría que un tren la arrojó allí al pasar como por casualidad.

En cambio sus padres viven pendientes de ella, la contemplan, mientras todavía es tiempo, la miman, la adoran.

Ellos saben que un día la va a matar un tren. TN

COLECCIÓN LA OTRA OSCURIDAD



COMPRAR

La colección que la alianza editorial Espora/Rhinoceros presenta a los lectores aficionados al género policial y negro, tiene como norte ofrecer un conjunto de textos que, aparte de su brevedad y su concisión, honren una fructífera tradición. Se trata de aquella narración que siendo más larga y elaborada que un cuento, está despojada de los rellenos que a veces lastran las novelas de mayor envergadura.

La novela No. 1 de la serie es de Eduardo Soto Díaz y se titula *Teresa la Tigresa, Caperuza de la droga*. Dos detectives, jefe y subalterno y además emparentados, se enfrentan a la mafiosa más peligrosa, astuta y truculenta del barrio Matucana. Pero no solo con ellos debe lidiar esta guerrera con kilos demás, sino con una banda rival, la del «Almeja» Vial, con quien se disputan cargamentos de droga haciendo uso de variadas triquiñuelas; y hartas balas por supuesto.

La novela No. 2 de la serie es de Bartolomé Leal y se titula *Femicidios a la carta*. Es una abierta provocación a lo políticamente correcto. Presenta a un retornado que vuelve de su exilio con el coco bastante a mal traer, y que intenta con dificultades establecer una relación normal con las mujeres. Se deja llevar por sus fantasías y sus frustraciones, hasta que termina por perpetrar unos asesinatos en serie que tienen mucho de perversiones sexuales, aunque él vea allí expresiones artísticas.

La novela No. 3 de la serie es de Raúl Bustos Ruiz y se titula *El caso Coelemu*. En un pueblo campesino del lluvioso sur de Chile, el asesinato de un niño conmueve a la provincia y al país entero. La Policía de Investigaciones moviliza a su mejor gente para encontrar al o los asesinos, en condiciones difíciles y con información vaga. El clima no ayuda y otros casos impiden en cierto momento darle continuidad a la pesquisa.